

# Calcedo y la pericia del narrador en corto

El autor palentino publica 'Las inglesas' en un momento floreciente del cuento, con obras de Pedro Sorela, Clara Obligado o Nuria Barrios



blogs.elnortedecastilla.es/calle58/  
@angelicatanarro/twitter.com

La buena noticia no es que Gonzalo Calcedo (Palencia, 1952) haya vuelto al panorama editorial. (Es de esos autores silenciosos, poco dado a apariciones públicas y saraos literarios). La buena noticia es que ha vuelto por donde solía. Y donde solía es el cuento bien contado. El pulso, la sabiduría y la fuerza que eleva a primera categoría un género que poco a poco se va despegando del adjetivo menor. Calcedo –y no solo él, claro– hace grande al cuento.

'Las inglesas' (Editorial Menoscuarto) llega estos días a las librerías españolas confirmando su don de narrador al tiempo fluido y denso (fluido en la forma, denso en la intención), perspicaz e inteligente. Los cuentos que lo forman tienen un tema común, el peliagudo, espinoso, atractivo y conflictivo tema de la adolescencia. Nada más literario que esa etapa de la vida cuyo única meta es escapar-se de ella, dejarla atrás. Ese tiempo en el que se tiene un pie en la infancia y otro en la edad adulta en el mejor de los casos, cuando no en un territorio fronterizo rodeado de alambradas que es difícil de superar. Calcedo, no sabemos si fijándose en los adolescentes que lo rodean, o en su propia experiencia lo retrata de forma magistral. Son los suyos adolescentes en permanente huida hacia adelante. Desaparecen sin dejar rastro, mueren o caen de golpe en una edad que habían imaginado de otra forma. En definitiva, la invisibilidad que es la seña de identidad de este periodo del desarrollo humano (invisibilidad sentida internamente, no real) es lo que Calcedo consigue hacer visible. Ese sentimiento mezcla de ansiedad y rebeldía, de abu-



El escritor palentino afincado en Santander Gonzalo Calcedo. :: EL NORTE

rimiento y curiosidad se paladea en historias como 'Tesoros', 'Lo que tuvimos' o 'Saab 900'. Y en 'Las inglesas' que titula y cierra el volumen y donde el regusto amargo recuerda el temblor de otras narraciones como 'Las chicas de campo' de Edna O'Brien. En

su desaliento, los protagonistas podrían haberse escapado de algunas historias de Alice Munro.

Situados en un lugar indefinido y en un tiempo más o menos reciente (a ratos 'sueñan' próximos, a ratos más lejanos), contienen en su del-

guez estilística, en la sobriedad de sus planteamientos, en el afán por mostrar solo la médula, la espina dorsal de la historia, su universalidad. Estos adolescentes pueden ser cualquier adolescente, el pasado de la mayoría de nosotros aun en su diversidad.

El libro mantiene en alto el tono general, quizá se echen de menos los picos de brillantez que encontramos en otros libros del autor como 'El prisionero de la Avenida Lexington', pero estos dejan ganas de más. Inducen a buscar en su bibliografía pasada.

El libro de Calcedo llega en un momento excelente de la narrativa breve en español, con nombres que confirman las buenas expectativas creadas o que mantienen sus constantes literarias. Entre estos últimos, el de Clara Obligado que, recientemente aún, dio a la imprenta 'La muerte juega a los dados' (Páginas de Espuma). Una cortazariana advertencia nos plantea dos maneras de leer el libro: saltando entre sus 'capítulos', tomados como relatos independientes, o siguiendo la delgada línea que los une hasta derivar en una apenas vislumbrada novela. Un juego con el que Obligado parece querer hacer ver al lector su pericia en el manejo de la trama y su habilidad para disponer las piezas de un puzzle en el que lo mejor es el discurso, el río narrativo, las palabras que manan como el fluido de las venas del cadáver en 'La sangre'.

## Adicciones

Entre los primeros, en el grupo de los que confirman las buenas sensaciones, el de Nuria Barrios con sus 'Ocho centímetros' de excelente narrativa. También en este caso el libro, publicado hace meses por Páginas de Espuma, es un conjunto unitario. De su mano accedemos a los barrios de chabolas donde se vende la droga, al mundo de los yonquis sin esperanza, a la angustiada búsqueda de las familias que han perdido un vástago en la niebla de las adicciones arriesgadas, a los hospitales donde la frontera entre la vida y la muerte no es una entelequia sino algo que se respira en pasillos y salas de espera. Y todo contado sin dramatismos superfluos sin adjetivaciones excesivas, como una reportera precisa pero también empática, que no olvidara que ese mundo que describe no es un universo lejano sino algo hirientemente próximo. Se lee ávidamente, con la respiración contenida.

Los vagos que pululan por el libro del periodista y escritor Pedro Sorela, 'Lo que miran los vagos' en realidad son gente contemplativa aunque errante, acostumbrada a captar el detalle a base de ensayar la inmovilidad en un perpetuo movimiento. Podría ser un libro de viajes, o un diario, o las memorias de un periodista de los que acostumbran a medir el mundo con los pasos contados en el pasillo de un avión. Y es todas esas cosas y ninguna. La descripción de un paisaje en la que se cuele una reflexión sobre la condición humana, o inhumana, el esbozo de una historia suspenso en el aire, que se queda temblando como las líneas de los dibujos que se intercalan en sus páginas. Lo ha publicado Menoscuarto y es una lectura absolutamente recomendable.